

## CAPÍTULO VIII.

### LA MADRUGADA DE LA REINA.

Apenas había salido el rey, cuando la reina se levantó de la cama y se fué á la ventana á respirar el aire vivo y glacial de la mañana.

El día se anunciaba brillante y lleno de ese encanto comunicado por la llegada de la primavera á ciertos días de abril. Á las heladas de la noche sucedía el suave calor de un sol que ya se hacía sentir, y desde la víspera el viento había cambiado del Norte al Este.

Si se mantenía en esa dirección, estaba terminado el invierno, este terrible invierno de 1784.

En efecto, veíase ya en el rosado horizonte sonreír ese color pardusco que no es otra cosa que la humedad huyendo delante del sol.

En los parterres, la escarcha caía poco á poco de las ramas, y los pajaritos principiaban á posar libremente sus delicadas patas en los retoños ya formados.

La flor de abril, el alhelí amarillo, encorvado bajo la helada como esas pobres flores de que habla Dante, levantaba su ennegrecida cabeza de entre la nieve apenas derretida, y bajo las hojas espesas, duras y anchas de la violeta, el botón oblongo de la flor misteriosa lanzaba las dos hojuelas elípticas que son las precursoras de su abrimiento y perfume.

En las calles de árboles, sobre las estatuas y las verjas, deslizábase el hielo en rápidos diamantes, sin ser todavía agua, pero tampoco hielo.

Todo anunciaba la lucha sorda de la primavera contra las escarchas y presagiaba la cercana derrota del invierno.

— Si queremos aprovecharnos del hielo, exclamó la reina interrogando la atmósfera, creo que hace falta apresurarse. ¿No es verdad, madama de Misery? añadió volviéndose; porque ya asoma la primavera.

— Hace largo tiempo que V. M. deseaba dar una carrera por el estanque de los Suizos, replicó la camarera mayor.

— Y bien; daremos hoy mismo esa carrera, dijo la reina, porque mañana sería quizás demasiado tarde.

— ¿Entonces á qué hora se hará el tocado de V. M.?

— Al momento; voy á tomar un ligero desayuno y saldré.

— ¿Son esas todas las órdenes de la reina?

— Que vayan á ver si se ha levantado la señorita de Taverney, y que le digan que deseo hablarle.

— La señorita de Taverney está ya en el retrete de S. M. replicó la camarera.

— ¿Ya? preguntó la reina, sabiendo mejor que nadie la hora á que había debido acostarse Andrea.

— ¡Oh! señora, hace más de veinte minutos que está aguardando.

— Introducidla.

— En efecto, Andrea entró en el cuarto de la reina en el momento de dar la primera campanada de las nueve en el reloj del patio de mármol.

Vestida ya con esmero, como toda mujer de la corte que no tenía el derecho de presentarse desaliñada en el cuarto de su soberana, la señorita de Taverney se presentó sonriendo y casi inquieta.

La reina sonreía también, lo cual tranquilizó á Andrea.

— Basta, madama de Misery, dijo, enviadme á Leonardo y á mi sastre.

Luego, después de seguir con la vista á madama de Misery, cuando ésta salió y cerrada que fué la mampara, dijo:

— Nada; el rey ha estado muy amable y se ha reído; le he desarmado.

— ¿Pero ha sabido?... preguntó Andrea.

— Ya conocéis, Andrea, que cuando una no hace mal y es reina de Francia no miente.

— Verdad es, señora, dijo Andrea ruborizándose.

— Y sin embargo, querida Andrea, parece que hemos cometido una falta.

— ¡Una falta, señora! exclamó Andrea. ¡Oh! sin duda hemos cometido más de una.

— Es muy posible; pero en fin la primera ha sido el habernos compadecido de madama de la Motte; el rey no la ama; sin embargo confieso que á mí me ha agradado.

— ¡Oh! V. M. es demasiado buen juez para que uno no acate sus fallos.

— Aquí está Leonardo, dijo madama de Misery entrando.

La reina se sentó delante de su tocador de plata sobredorada, y el célebre peluquero principió á desempeñar su oficio.

La reina tenía la más hermosa cabellera del mundo, y su coquetería consistía en hacer que la admirasen.

Leonardo, que lo sabía bien, en vez de proceder con rapidez como habría hecho con cualquiera otra mujer, dejaba á la reina el tiempo y el placer de admirarse á sí misma.

Ese día María Antonieta estaba contenta, y hasta alegre; estaba hermosa; y paseaba su vista del espejo á Andrea, á quien dirigía las más afectuosas miradas.

— Á vos no os han reñido, dijo, á vos libre y fiera, á vos á quien todos tienen algo de miedo, porque, como la divina Minerva, sois demasiado sabia.

— ¿Yo, señora? balbuceó Andrea.

— Sí, vos, el mata-alegría de todos los pisaverdes de la corte. ¡Oh, Dios mío! qué feliz sois, Andrea, en estar soltera y sobre todo en teneros por feliz de serlo.

Andrea se ruborizó y trató de sonreír, diciendo:

— Es un voto que he hecho.

— ¿Y que cumpliréis, mi bella vestal? preguntó la reina.

— Así lo espero.

— ¡Á propósito! exclamó la reina... ahora me acuerdo...

— ¿De qué, señora?

— De qué, sin ser casada, tenéis un dueño desde ayer.

— ¡Un dueño, señora!

— Sí, vuestro querido hermano. ¿Cómo se llama?...

¿Creo que Felipe?...

— Sí, señora, Felipe.

- ¿ Ha llegado ?
- Ayer, como V. M. se dignaba decirme.
- ¿ Y no le habéis visto aun ? ¡ Qué egoísta soy ! Os he arrancado de él ayer para llevaros á París. En verdad que he cometido una falta imperdonable.
- ¡ Oh, señora ! yo os perdono de todo corazón, y Felipe también, dijo Andrea sonriendo.
- ¿ De seguro ?
- Respondo de ello.
- ¿ Por vos ?
- Por mí y por él.
- ¿ Cómo está ?
- Siempre bello y bondadoso, señora.
- ¿ Qué edad tiene ya ?
- Treinta y dos años.
- ¡ Pobre Felipe ! ¿ Sabéis que hará muy luego catorce años que lo conozco, y que en este tiempo he estado nueve ó diez años sin verlo ?
- Cuando V. M. se digne recibirlo, se tendrá por muy dichoso en asegurar á V. M. que la ausencia no ha menoscabado en nada los sentimientos de respetuosa adhesión que había consagrado á la reina.
- ¿ Puedo verlo ahora mismo ?
- Dentro de un cuarto de hora estará á los pies de V. M., si V. M. se lo permite.
- ¡ Bien, bien ! se lo permito, y hasta lo quiero.
- No bien acababa la reina de pronunciar estas palabras, cuando un hombre vivaracho, ligero y bullicioso se deslizó, ó mas bien saltó sobre la alfombra del gabinete de tocador, y reflejó un rostro risueño y picaresco en el mismo espejo en que María Antonieta sonreía al suyo.

- ¡ Mi hermano de Artois ! dijo la reina. ¡ En verdad que me habéis causado miedo !
- ¡ Buenos días, señora ! dijo el joven príncipe. ¿ Cómo ha pasado la noche V. M. ?
- Muy mal ; gracias, hermano mío.
- ¿ Y la mañana ?
- Perfectamente.
- Eso es lo esencial. Hace un momento he sospechado que la prueba se había soportado con felicidad, porque he encontrado á mi hermano que me había dirigido una sonrisa muy amable. ¡ Lo que es la confianza !
- La reina se echó á reír, y el conde de Artois, que no sabía nada más, se rió por un motivo muy diferente.
- Ya caigo, dijo, ¡ qué atolondrado soy ! siquiera he preguntado á la señorita de Taverney cómo había empleado el tiempo.
- La reina se puso á mirar en su espejo, cuyos reflejos le descubrían todo lo que pasaba en el cuarto.
- Leonardo acababa de terminar su obra, y la reina, desembarazada del peinador de muselina de la India, se puso el vestido de mañana.
- En esto se abrió la puerta.
- Mirad, dijo la reina al conde de Artois, si queréis saber alguna cosa de Andrea, aquí viene.
- En efecto, Andrea entraba en aquel mismo momento cogida de la mano de un hermoso caballero de cara morena, ojos negros de profunda nobleza y melancolía ; un vigoroso militar de frente inteligente y apostura severa, parecido á uno de esos hermosos retratos pintados por Coypel ó Canisboroug.
- Felipe de Taverney vestía una casaca gris obscuro fina-

mente bordada de plata, pero aquel gris parecía negro, y aquella plata parecía hierro; la corbata blanca, y la pechera blanca mate, resaltaban sobre la chupa de un color sombrío, y los polvos de su cabellera realzaban la varonil energía de sus facciones y color.

Felipe se adelantó con una mano cogida de la de su hermana, y en la otra el sombrero.

— Señora, dijo Andrea inclinándose, aquí tenéis á mi hermano.

Felipe saludó con gravedad y lentitud.

Cuando levantó la cabeza, aun la reina no había separado la vista del espejo, aunque es verdad que veía en él tan bien como si hubiese mirado á Felipe de frente.

— Buenos días, señor de Taverney, dijo la reina volviéndose.

La reina estaba bella con ese brillo real que confundía alrededor de su trono á los amigos de la soberanía y á los adoradores de la mujer; tenía el poder de la hermosura, y, perdonémos la inversión de la idea, tenía también la hermosura del poder.

Felipe, al ver aquella sonrisa, al sentir aquel ojo límpido, fiero y dulce á la vez, fijarse en él, palideció y dejó ver en toda su persona la más viva emoción.

— Parece, señor de Taverney, prosiguió la reina, que nos destináis vuestra primera visita: gracias.

— V. M. se digna olvidar que soy yo quien debo daros gracias, replicó Felipe.

— ¡Cuántos años, dijo la reina, cuántos tiempos pasados desde que nos hemos visto! ¡Ay! ¡el más hermoso tiempo de la vida!

— Para mí, sí, señora; pero no para V. M., para quien son bellos todos los días.

— ¿Conque tanto afecto habéis tomado á la América, señor de Taverney, que os habéis quedado allí cuando todos volvían?

— Señora, respondió Felipe, M. de Lafayette, al dejar el Nuevo Mundo, tenía necesidad de un oficial de confianza á quien poder encomendar una parte del mando de los auxiliares, y en su virtud me ha propuesto al general Washington, que se ha dignado aceptarme.

— ¿Parece que nos vienen muchos héroes de esa parte del mundo de que nos habláis? dijo la reina.

— V. M. no dice eso por mí, respondió Felipe riendo.

— ¿Y por qué no? repuso la reina; luego, volviéndose hacia el conde de Artois, añadió:

— Mirad, hermano mío, la hermosa apostura y el aire marcial del señor de Taverney.

Felipe, viéndose puesto de este modo en relación con el conde de Artois, á quien no conocía, dió un paso hacia él, solicitando del príncipe el permiso de saludarle.

El conde hizo un signo con la mano, y Felipe se inclinó.

— ¡ Hermoso oficial! exclamó el joven príncipe. ¡ Un noble caballero que me alegro de conocer! ¿Cuáles son vuestras intenciones al volver á Francia?

Felipe miró á su hermana.

— Monseñor, respondió, tengo el interés de mi hermana que domina el mío, y de consiguiente haré lo que ella quiera que haga.

— Pero creo que hay además el señor de Taverney padre, dijo el conde de Artois.

— Eso no importa, interrumpió vivamente la reina, prefiero á Andrea bajo la protección de su hermano, y á su hermano bajo la vuestra. Conque, señor conde, os encargáis del señor de Taverney. Está dicho, ¿no es verdad?

El conde de Artois hizo un signo de asentimiento.

— ¿Sabéis que nos unen lazos muy estrechos? prosiguió la reina.

— ¡Lazos muy estrechos! ¡Oh! os suplico que me lo expliquéis, hermana mía.

— Sí, el señor Felipe de Taverney fué el primer francés que se presentó á mi vista á mi entrada en Francia, y yo tenía hecho un voto sincero de hacer la felicidad del primer francés á quien encontrase.

Felipe sintió sonrosarse su frente, y mordió los labios para permanecer impasible.

Andrea le miró y bajó la cabeza.

María Antonieta sorprendió una de aquellas miradas cambiadas entre los dos hermanos; pero, ¿cómo podía adivinar todos los secretos dolores ocultos en semejante mirada?

María Antonieta no sabía nada de los acontecimientos que hemos contado en la primera parte de esta historia.

La aparente tristeza que la reina sorprendió, la atribuyó á otra causa. Cuando tantos se habían enamorado de la Delfina en 1774, ¿por qué M. de Taverney no habría sufrido un poco de aquel amor epidémico de los franceses por la hija de María Teresa?

Nada hacía inverosímil esta opinión, ni aun la inspección pasada en el espejo de aquella hermosura joven convertida ya en mujer y en reina.

De consiguiente María Antonieta atribuyó el suspiro de Felipe á alguna confianza por este estilo hecha á la hermana por el hermano; sonrió al hermano y acarició á la hermana con sus amables miradas. No había adivinado enteramente; pero tampoco se había equivocado del todo, en esa ino-

cente coquetería en que nadie ve un crimen, la reina fué siempre mujer, gloriándose de ser amada. Hay almas que aspiran á la simpatía de cuantos las rodean, y esas almas no son las menos generosas.

¡Ay! llegará un momento, pobre reina, en que esa sonrisa que te vituperan hacia las personas que te aman, la dirigirás en vano hacia las que no te amarán ya!

El conde de Artois se acercó á Felipe, mientras la reina consultaba á Andrea sobre una guarnición de un vestido de caza.

— ¿Formalmente es un gran general M. de Washington? preguntó el conde de Artois.

— Sí, monseñor, es un gran hombre.

— ¿Qué efecto hacían los franceses en aquel país?

— Tan bueno como malo lo hacían los ingleses.

— De acuerdo; sois partidario de las ideas nuevas, mi querido señor Felipe de Taverney; pero ¿habéis reflexionado bien sobre una cosa?

— ¿Sobre cuál, monseñor? Confieso que allí, sobre la yerba de los campos, en las sabanas á orillas de los grandes lagos, he tenido tiempo para reflexionar sobre muchas cosas.

— Sobre que, haciendo la guerra allí, no la habéis hecho á los indios ni á los ingleses.

— Entonces, ¿á quien la he hecho, monseñor?

— Á nosotros.

— ¡Ah! no diré que no, monseñor; la cosa es muy posible.

— ¿Confesáis?...

— Confieso el desgraciado rechazo de un acontecimiento que ha salvado la monarquía.

— Si, pero un rechazo puede ser mortal para aquéllos que se habfan curado del accidente primitivo.

— ¡Ay, monseñor!

— He ahí el motivo porque no tengo por tan dichosas como se pretende las victorias de M. Washington y del marqués de Lafayette. Convendré en que esto sea egoísmo, pero debéis disculpármelo, pues no es egoísmo por mí solo.

— ¡Oh! monseñor...

— ¿Y sabéis por qué os pienso dispensar toda mi protección?

— Monseñor, sea cualquiera la causa, viviré eternamente agradecido á V. A. R.

— Porque, mi querido señor de Taverney, vos no sois uno de esos á quienes la trompeta ha pregonado como héroes en nuestras encrucijadas. Habéis servido denodadamente; pero no habéis sido pregonado sin cesar por la trompeta de la fama, y no sois conocido en París. Hé ahí por qué os amo. De otro modo... hablando francamente... señor de Taverney, ya veis, yo soy egoísta.

Dicho esto, el príncipe besó la mano de la reina riendo, saludó á Andrea con un semblante afable y más cariñoso de lo que acostumbraba con las mujeres, luego se abrió la puerta, y desapareció.

Entonces la reina cortó casi bruscamente su conversación con Andrea, y volviéndose hacia Felipe le dijo:

— ¿Habéis visto á vuestro padre, caballero?

— Señora, al venir aquí por aviso de mi hermana, lo he hallado en las antecámaras.

— ¿Y por qué no haber ido á ver á vuestro padre desde luego?

— Señora, había enviado á su casa á mi paje y mi pequeño equipaje, pero el señor de Taverney me envió el paje

con orden de presentarme desde luego en el cuarto del rey ó en el de V. M.

— ¿Y habéis obedecido?

— Con sumo gozo, señora; de este modo he podido abrazar á mi hermana.

— ¡Hace un tiempo magnífico! exclamó la reina con una expresión de alegría. Madama de Misery, mañana estará ya derretido el hielo; necesito en seguida un trineo.

Cuando salía la camarera mayor para hacer ejecutar esta orden, añadió la reina:

— Y que me sirvan aquí el chocolate.

— ¿V. M. no piensa almorzar? exclamó madama de Misery. ¡Ah! ¡ya no ha cenado ayer V. M.!

— Os engañáis, mi buena Misery. Ayer hemos cenado; preguntádselo á la señorita de Taverney.

— Y muy bien, repuso Andrea.

— Lo cual no impedirá que me tome mi chocolate, añadió la reina. ¡Pronto, pronto, mi buena Misery! porque este hermoso sol me está brindando. ¿Debe haber mucha gente en el estanco de los Suizos?

— ¿Se propone correr patines V. M.? dijo Felipe.

— ¡Oh! vais á burlaros de nosotros, señor americano, exclamó la reina; vos que habéis recorrido los inmensos lagos en que se corren más leguas que pasos corremos nosotros aquí.

— Señora, respondió Felipe, aquí V. M. se divierte con el frío y las carreras; en la América se muere uno.

— ¡Ah! aquí está el chocolate, Andrea, tomaréis una taza.

Andrea se sonrosó de placer y se inclinó.

— Ya veis, señor de Taverney, que soy siempre la misma;

la etiqueta me causa horror como en otro tiempo. ¿Os acordáis de otro tiempo, señor Felipe? ¿habéis variado?

Estas palabras flecharon el corazón del joven. Á menudo, los recuerdos de una mujer son una puñalada para los interesados.

— No, señora, respondió con breve voz, no, yo no he variado, á lo menos en cuanto al corazón.

— Entonces, si habéis conservado el mismo corazón, dijo la reina gozosamente, como ténfais un corazón bondadoso, os damos gracias á nuestra manera... ¡Una taza de chocolate para el señor de Taverney, madama de Misery!

— ¡Oh! señora, exclamó Felipe muy trastornado, V. M. no lo reflexiona bien... tan grande honor para un pobre soldado obscuro como yo...

— ¡Un amigo antiguo! exclamó la reina. Este día me hace subir al cerebro todos los perfumes de la juventud; este día me halla dichosa, libre, ufana y loca... Este día me recuerda mis primeros días en mi querido Trianón, y las escapatorias que hacíamos Andrea y yo; este día me recuerda mis rosas, mis fresas, mis verbenas, los pájaros que yo trataba de reconocer en mis parterres; todo, hasta mis queridos jardineros cuyas alegres caras significaban siempre una flor nueva, una fruta sabrosa, y M. de Jussieu, y aquel original de Rousseau, que ha muerto... Este día... os digo que este día me vuelvo loca. Pero ¿qué tenéis, Andrea, que estáis tan inquieta? ¿y vos, señor Felipe, que os ponéis pálido?

En efecto, la fisonomía de los dos hermanos no había podido soportar con serenidad aquel recuerdo cruel en el que flotaba la figura indecisa de Gilberto.

Pero á las últimas palabras de la reina ambos recobraron ánimo.

— Me he quemado el paladar, dijo Andrea, excusadme, señora.

— Y yo, señora, dijo Felipe, todavía no puedo familiarizarme con la idea de que V. M. me honra como á un gran señor.

— ¡Vamos, vamos! interrumpió María Antonieta echando ella misma el chocolate en la taza de Felipe, habéis dicho que erais un soldado, y como tal debéis estar acostumbrado al fuego; quemaos gloriosamente con el chocolate, porque yo no tengo tiempo para aguardar.

Y dicho esto, se echó á reir; pero Felipe tomó la cosa seriamente como hubiera podido hacerlo un campesino, sólo que lo que éste hubiera hecho por embarazo, él lo hizo por heroísmo.

La reina, que no le quitaba ojo, redobló su risa.

— Tenéis un carácter perfecto, dijo, y se levantó.

Ya sus camaristas le habían puesto un lindísimo sombrero, una manteleta de armiño y guantes.

El prendido de Andrea se hizo también rápidamente.

Felipe se tomó su sombrero bajo el brazo y siguió á las damas.

— Señor de Taverney, dijo la reina, quiero que no me dejéis, pues hoy pretendo, por política, confiscar un americano. Poneos á mi derecha, señor de Taverney.

Taverney obedeció y Andrea pasó á la izquierda de la reina.

Cuando la reina descendió la escalera principal, cuando los tambores batieron marcha, cuando el viento de los vestíbulos llevó á palacio los ecos del clarín de los guardias de corps y el ruido de las armas, aquella pompa regia, aquel respeto general, aquellas adoraciones dirigidas al

corazón de la reina, y que encontraban á Taverney en el camino; aquel triunfo, decimos, mareó la trastornada cabeza del joven, cubrióse su frente de un sudor febril, y flaquearon sus piernas en términos que se habría desmayado sin el torbellino de frío que le azotó los ojos y los labios.

Al cabo de tantos días pasados lúgubrementemente en el destierro y en los pesares, era para el joven una vuelta demasiado súbita á los grandes gozos del orgullo y del corazón.

Mientras que, al paso de la reina radiante de hermosura, se inclinaban las frentes y se presentaban las armas, un viejecito, á quien la preocupación hacía olvidar la etiqueta, había permanecido con la cabeza tiesa, los ojos clavados en la reina y en Taverney, en lugar de inclinar la cabeza y los ojos.

Cuando la reina se alejó, el viejecito se abrió paso por entre la fila de soldados que tenía junto á sí, y echó á correr con toda la ligereza que le permitían sus pierrecillas de setenta años.

## CAPÍTULO IX.

### EL ESTANQUE DE LOS SUIZOS.

Todos conocen ese cuadrilongo verdegay y anubarrado en la estación de verano, blanco y rugoso en el invierno, que aun conserva el nombre de estanque de los Suizos.

Una calle de tilos que tienden alegremente al sol sus rubicundos brazos, borda cada orilla del estanque; esa calle está poblada de paseantes de todos rangos y edades que van á gozar del espectáculo de los trineos y los patines.

Los prendidos de las mujeres presentan esa brillante confusión del lujo un poco incómodo de la antigua corte, y de la desenvoltura un poco caprichosa de la nueva moda.

Los altos tocados, los velos sombreando jóvenes frentes, los sombreros de tela en crecido número, las capas de pieles y las amplias falbalás de los vestidos de seda, forman una mezcolanza bastante curiosa con las casacas color de naranja, las levitas de azul celeste, las libreas amarillas y los levitones blancos.



Los lacayos vestidos de azul y encarnado agitan todo ese gentío como unos amapolas ó unos acianos que el viento hace ondular entre las espigas ó sobre el trébol.

Á veces sale de entre la multitud un grito de admiración; es porque el atrevido patinador Saint-Georges acaba de trazar un círculo tan perfecto que ningún geómetra le hallaría un defecto perceptible.

Mientras que las orillas del estanque están cubiertas de tan grande número de espectadores, mientras que estos entran en calor con el contacto y presentan de lejos el aspecto de una alfombra abigarrada, sobre la que ondea un vapor, el de los alientos que condensa el frío, el estanque, convertido en un denso espejo de hielo, presenta el aspecto más adornado y sobre todo más en movimiento.

Acá, vese un trineo que tres enormes molosos enganchados como los troika rusos hacen volar sobre el hielo.

Esos perros, cubiertos con caparazones de terciopelo blasonado, y la cabeza adornada con ondulantes plumas, parecen los animales quiméricos de las diabluras de Callot ó las brujerías de Goya.

Su dueño M. de Lauzún, sentado negligentemente en el trineo, forrado de piel de tigre, se inclina de lado para respirar con libertad, lo que probablemente no lograría siguiendo la corriente del aire.

Allá y acullá, algunos trineos de modesta apariencia buscan el aislamiento. Una señora con careta, sin duda á causa del frío, sube á uno de esos trineos, mientras que un hermoso patinador vestido de una hopalanda de terciopelo con alamares de oro, se inclina contra el respaldo para comunicar un impulso más rápido al trineo que él impele y dirige al mismo tiempo.

Las palabras entre la señora enmascarada y el patinador de la hopalanda de terciopelo se cambian al alcance de su aliento, y nadie podría censurar esa cita bajo la bóveda celeste á la vista de todo Versalles.

Lo que se dicen ¿qué importa á los otros que los ven? ¿y qué importa á los que no los ven, puesto que no los oyen? Es evidente que en medio de ese gentío viven aisladamente, y que atraviesan la multitud como dos aves de paso. ¿Dónde van? Á ese mundo incógnito que toda alma busca y que se llama felicidad. De súbito, en medio de esos silfos que más bien se deslizan que no marchan, opérase un gran movimiento, se levanta un gran tumulto.

Es porque acaba de aparecer la reina á la orilla del lago de los Suizos, porque la reconocen y todos se disponen á dejarle lugar cuando ella hace seña á todos con la mano para que se estén quietos. Resuena el grito de ¡viva la reina! y luego, autorizados con su permiso, patinadores que vuelan y trineos impelidos forman, como por un movimiento eléctrico, un gran círculo en torno del sitio en que se ha parado la augusta visitante.

La atención general está fija sobre ella.

Entonces los hombres se acercan por medio de diestras maniobras; las mujeres se arreglan con respetuosa decencia, y en fin cada uno halla el medio de casi mezclarse con el grupo de nobles y de altos funcionarios que se presentan á ofrecer sus homenajes á la reina.

Entre los principales personajes que ha observado el público, hay uno muy notable que en vez de seguir el impulso general y salir á recibir á la reina, al reconocer su tocado y su séquito, salta del trineo y se mete por entre

una calle de árboles angosta en que desaparece con su comitiva.

El conde de Artois, al que se notaba en el número de los patinadores más elegantes y más ligeros, no fué de los últimos en salvar el espacio que lo separaba de su cuñada y en venir á besarle la mano.

Luego, cuando le hubo besado la mano, le dijo al oído :

— Mirad como nuestro hermano el señor de Provenza os evita.

Y al decir esto señalaba con el dedo á S. A. R. que marchaba á grandes pasos por entre los tallares cubiertos de escarcha, para ir por un rodeo en busca de su carroza.

— No quiere que yo le haga reconvenções, dijo la reina.

— ¡Oh! en cuanto á las reconvenções que él aguarda, es cosa que me atañe, y no es ese el motivo porque os teme.

— Entonces será por su conciencia, dijo con gravedad la reina.

— Es aun por otra cosa, hermana mía.

— ¿Por qué es, pues?

— Voy á decíroslo. Acaba de saber que esta noche debe llegar M. de Suffrén, el glorioso vencedor, y como la noticia es importante, quiere que la ignoréis.

La reina vió en torno suyo algunos curiosos, no tan apartados por el respeto que sus oídos no pudiesen oír las palabras de su cuñado.

— Señor de Taverney, dijo, os ruego que tengáis la bondad de ocuparos de mi trineo, y si está por ahí vuestro padre id á abrazarle, pues os doy licencia por un cuarto de hora.

El joven se inclinó y atravesó el gentío para ejecutar la orden de la reina.

El gentío, que á veces tiene instintos maravillosos, había comprendido también; de consiguiente ensanchó su círculo, y la reina y el conde de Artois se hallaron más desembarazados.

— Hermano mío, dijo entonces la reina, os ruego me expliquéis qué interés puede tener mi hermano en no darme parte de la llegada de M. de Suffrén.

— Hermana mía, ¿es posible que vos, siendo mujer, reina y enemiga, no penetréis desde luego la intención de ese astuto político? M. de Suffrén llega sin que nadie lo sepa en la corte, M. de Suffrén es el héroe de los mares de la India, y de consiguiente tiene derecho á un magnífico recibimiento en Versalles. Elega, el rey ignora su llegada, y sin saberlo, y por lo mismo sin quererlo, no le obsequia, ni vos tampoco, hermana mía, mientras que, por el contrario, el señor de Provenza, que sabe la llegada de M. de Suffrén, acoge al marino, le sonríe, lo acaricia, le dedica una cuarteta, y rozándose con el héroe de la India, se hace el héroe de la Francia.

— Es claro, dijo la reina.

— ¡Pardiez! añadió el conde.

— Sólo olvidáis un punto, mi querido gacetero.

— ¿Cuál?

— ¿Cómo sabéis todo ese magnífico proyecto de nuestro caro hermano y cuñado?

— ¡Cómo lo sé! ¡Cómo sé todo cuanto él hace! eso es muy sencillo. Habiendo yo notado que el señor de Provenza forma empeño en saber todo lo que yo hago, he pagado que me cuenten todo lo que hace él. ¡Oh! esto puede serme útil, y á vos también, hermana mía.

— Gracias por vuestra alianza, hermano mío. ¿pero el rey?

— El rey está advertido.

— ¿Por vos?

— ¡Oh! no; por su ministro de marina que le he enviado. Ya comprenderéis que ese no es asunto de mi incumbencia; yo soy demasiado frívolo, demasiado disipador y loco para ocuparme de cosas de tanta importancia.

— ¿Y el ministro de marina ignoraba también la llegada de M. de Suffrén á Francia?

— ¡Dios mío! me parece, querida hermana, que durante catorce años que sois reina ó reina de Francia, habéis conocido bastantes ministros, para saber que esos señores ignoran siempre las cosas más importantes. Y bien; yo he prevenido al nuestro, y está entusiasmado.

— Lo creo bien.

— Ya conoceréis, querida hermana, que ese hombre me debe estar agradecido toda su vida, y precisamente yo tengo necesidad de su gratitud.

— ¿Para qué?

— Para negociar un empréstito.

— ¡Oh! exclamó la reina riendo. ¡Acabáis de echarme á perder vuestra bella acción!

— Hermana mía, dijo el conde de Artois con un aire grave, debéis tener necesidad de dinero; bajo mi palabra de hijo de Francia, pongo á vuestra disposición la mitad de la suma que reciba.

— ¡Oh! hermano mío, exclamó María Antonieta, guardadlo para vos, guardadlo; pues, á Dios gracias, nada necesito en este momento.

— ¡Caramba! no aguardéis demasiado para reclamar mi promesa, querida hermana.

— ¿Y por qué?

— Porque si aguardáis más, podría suceder muy bien que no me hallase en posibilidad de cumplirla.

— Y bien; en ese caso también yo me arreglaré para descubrir algún secreto de Estado.

— Hermana mía, dijo el príncipe, estáis cogiendo frío; os advierto que se os ponen moradas las mejillas.

— Ahí viene el señor de Taverney con mi trineo.

— ¿Entonces ya no tenéis necesidad de mí?

— No.

— En ese caso os ruego que me echéis de aquí.

— ¿Por qué? ¿Os figuráis acaso que me incomodáis en nada?

— No; al contrario, soy yo quien necesito de mi libertad.

— ¡Entonces, adiós!

— Hasta la vista, querida hermana.

— ¿Cuando?

— Esta noche.

— ¿Pues qué hay hasta esta noche?

— No hay, pero habrá.

— ¿Pero qué habrá?

— Habrá mucha gente en la partida de juego del rey.

— ¿Y por qué?

— Porque el ministro llevará esta noche á M. de Suffrén.

— Muy bien. Entonces esta noche.

À estas palabras, el joven príncipe saludó á su hermana con aquella exquisita urbanidad que le era natural, y desapareció entre el gentío.

Taverney padre había seguido con la vista á su hijo al alejarse de la reina para ocuparse del trineo; pero bien pronto su mirada vigilante había vuelto á fijarse en la reina.

Aquella conversación animada de María Antonieta con su cuñado no dejaba de causarle alguna inquietud, porque interrumpía la familiaridad que hacía poco había dispensado la reina á su hijo.

Así, se contentó con dirigir un gesto amistoso á Felipe, cuando éste terminó los preparativos indispensables para la partida del trineo, y habiendo querido el joven, como se lo prescribía la reina, ir á abrazar á su padre, á quien no había abrazado hacía diez años, éste le apartó con la mano diciéndole :

— Más tarde, más tarde; vuelvo cuando hayas terminado tu servicio, y hablaremos.

De consiguiente Felipe se alejó, y el barón vió con alegría que el conde de Artois se había despedido de la reina.

Ésta entró en el trineo y mandó á Andrea hacer lo mismo, y como se presentasen dos grandes volantes para empujar el trineo, dijo la reina :

— No, no: no quiero ir de ese modo. ¿ No patináis, señor de Taverney ?

— Perdonad, señora, respondió Felipe.

— Dad patines á este caballero, dijo la reina.

Luego, volviéndose hacia él, añadió :

— No sé por qué se me figura que patináis tan bien como Saint-Georges.

— Felipe patinaba ya en otro tiempo muy elegantemente, dijo Andrea.

— Y ahora no conocéis rival, ¿ no es verdad, señor de Taverney ?

— Señora, respondió Felipe, puesto que V. M. tiene esa confianza en mí, voy á patinar lo mejor que pueda.

Y diciendo estas palabras, Felipe se había armado ya de unos patines tan afilados como cuchillos.

Luego se colocó detrás del trineo, lo empujó con una mano, y principió la carrera.

Un curioso espectáculo se presentó entonces.

Saint-Georges, el rey de los gimnastas, Saint-Georges, el elegante mulato, el hombre á la moda, el hombre superior en todos los ejercicios del cuerpo, Saint-Georges adivinó que tenía un rival en aquel joven que osaba lanzarse cerca de él á la carrera.

De consiguiente se puso á caracolear alrededor del trineo con reverencias tan respetuosas, tan llenas de encanto, tan seductoras cual no se habían hecho nunca por el más consumado cortesano en los salones de Versalles. Traza- ba alrededor del trineo los círculos más rápidos y exactos, enlazándolo por una serie de anillos soldados entre sí maravillosamente, de suerte que la nueva curva prevenía siempre la llegada del trineo, el cual le dejaba detrás : y hecho esto, con vigoroso impulso de patín volvía á recobrar por la elipse el espacio que había perdido por la circunferencia.

Nadie podía seguir, ni aun con la vista, aquella maniobra sin quedar aturrido y maravillado.

Entonces Felipe, picado, tomó un partido lleno de temeridad: lanzó el trineo con tan espantosa rapidez que Saint-Georges, en vez de hallarse delante, acabó dos veces su círculo detrás de él; y como la rapidez del trineo arrancase á muchos espectadores gritos de espanto capaces de amedrentar á la reina :

— Si S. M. lo desea, dijo Felipe, me pararé, ó al menos alfojaré la carrera.

— ¡ Oh, no, no ! exclamó la reina con aquel fogoso ardor que ella desplegaba en el trabajo como en el placer; no, no tengo miedo. ¡ Más rápido, si podéis caballero, más rápido !

— ¡Oh, tanto mejor! Gracias por el permiso, señora. Os tengo bien segura, descansad en mí.

Y como su robusta mano se afianzase de nuevo en el triángulo del respaldo, fué tan vigoroso el movimiento que tembló todo el trineo.

Cualquiera habría dicho que acababa de levantarlo en el aire con el brazo tendido.

Entonces, aplicando al trineo la otra mano, esfuerzo que hasta entonces había desdenado, arrastró la máquina, convertida en un juguete bajo sus brazos de acero.

Desde aquel momento cruzó cada uno de los círculos de Saint-Georges con círculos mayores aun, de suerte que el trineo se movía como el hombre más flexible, dando vueltas y revueltas en toda su longitud, como si se tratase de aquellas simples suelas sobre las que Saint-Georges sulcaba el hielo. A pesar del peso y de la extensión, el trineo de la reina se había convertido en un patín: viraba, volaba y revoloteaba como un bailarín.

Saint-Georges, más gracioso, más fino y más correcto en sus curvas, comenzó muy luego á inquietarse; hacía ya una hora que patinaba, y viéndole Felipe bañado de sudor, y notando los esfuerzos de sus jarretes convulsivos, resolvió abatirle por la fatiga.

Cambió de marcha, y abandonando los círculos que le daban cada uno la pena de levantar el trineo, lo lanzó delante de sí en línea recta.

El trineo partió más rápido que una flecha.

Saint-Georges había podido alcanzarlo muy pronto de un solo empuje de jarrete, pero Felipe había aprovechado el momento en que el segundo impulso multiplicó el vuelo del primero; de consiguiente disparó el trineo sobre una capa de hielo aun intacta, y él se quedó atrás tan tieso.

Saint-Georges se lanzó para atrapar el trineo; pero entonces Felipe, reuniendo sus fuerzas, se deslizó tan finamente sobre el extremo de la curva del patín, que pasó por delante de Saint-Georges y fué á poner ambas manos sobre el trineo. Luego, por un movimiento hercúleo, hizo dar media vuelta al trineo y lo lanzó de nuevo en dirección opuesta, mientras que Saint-Georges, arrebatado por su esfuerzo supremo, no pudiendo retener su carrera y perdiendo un espacio irreparable, se quedó á grande distancia.

El aire resonó con tales aclamaciones que Felipe se sonrosó de vergüenza.

Pero quedó muy sorprendido cuando la reina, después de haber palmoteado ella también, se volvió hacia él y le dijo con el acento de una voluptuosa opresión:

— ¡Oh! señor de Taverney, ahora que ha quedado por vos mi victoria, ¡gracia, gracia! ¡porque me matar-fais!